

LIBROS

Un Premio Nadal tranquilo

Hace unos años, muy pocos, la concesión anual del Premio Nadal era un acontecimiento social barcelonés de extrema importancia. Acudían a él casi tantas autoridades como las que ahora acuden al Planeta. Pero el cariz polémico que adquiriera la revista *Destino* a partir de 1965, las repetidas sanciones acumuladas sobre su ex director, Néstor Luján (sin duda el periodista más sancionado de España), la suspensión de la publicación, la forzada dimisión de Luján, etcétera, etcétera, han alejado a las primeras autoridades de las mesas presidenciales del hotel Ritz. En 1969, una sola autoridad: don Esteban Bassols, director general de Promoción del Turismo; aunque la autoridad del ilustrísimo señor Bassols, con todo y serlo, es una autoridad que podríamos calificar como neutral, si es que hay autoridades neutras. El señor Bassols acudió a la fiesta por dignísimas razones de amistad personal con los patrocinadores del premio. Es decir, estaba allí como amigo, no como autoridad. Porque es prácticamente indemostrable la vinculación del Nadal con la turista veinte millones.

García Pavón ganó el Nadal; Baltasar Porcel, el Josep Plá (novelas escritas en lengua catalana), y Ramón Vidal

García Pavón es un escritor de oficio, raro oficio éste en un país lleno de escritores amateurs. Más conocido como especialista en temas teatrales, es también un excelente novelista («Cerca de Oviedo», «El reinado de Witiza») inclassificable. Esta falta de clasificación cultural de García Pavón sublima un tanto la característica del Nadal 1969, en el que ha decrecido el concurso de novelas de temática social o relacionada con la guerra civil. García Pavón es un escritor de imaginación que, además, tiene imaginación. Su novela premiada, *Las hermanas coloradas*, continúa la serie de novelas con tema-intriga policiaca que iniciara «El reinado de Witiza» y que el autor prosigue en la novela que tiene en el telar: *Una semana de lluvia*.

En cuanto a Porcel, premiado por *Difunts sota els ametllers en flor* («Muertos bajo los almendros en flor»), es uno de los escritores más singulares del momento. Triunfal periodista en las páginas de *Destino* y *La Vanguardia*; frustrado colaborador del no menos frustrado diario *Nivel*, Baltasar Porcel es un mallorquín que llegó a Barcelona a comienzos de la década del sesenta, con gafas, el ceño fruncido, alguna obra de teatro estrenada y un buen libro narrativo: *Solnegre*. En la actualidad ya no lleva gafas, no frunce el ceño, pasea un lucido perrito por las calles de la ciudad, peina extraño flequillo sauce, sigue siendo un hombre con un sentido del humor extraordinario, es uno de los cerebros grises de Manuel Lara y, sobre todo, como muy bien ha demostrado con su libro *Els Argonautas*, es, junto con Terenci Moix, lo



El Nadal, a García Pavón.



El Josep Plá a B. Porcel.

Esquius y Jordi Pol, los premios Manuel Brunet y Ramón Dimas, concedidos a los mejores reportajes literarios y fotográficos inéditos.

más sólido que ha aportado la nueva narrativa catalana. En *Difunts sota els ametllers en flor*, Porcel insiste en la temática, que tanto ha trauma-

Diez años después

CAMUS, EL AUTODIDACTA



«No aprendí la libertad en Marx, sino en la miseria». Esta frase con la que Camus respondió a d'Astier de La Vigerie en 1948, ilumina de un modo singular una vida y una obra aún más singulares.

Su muerte, a los cuarenta y seis años, hace diez ahora, precisamente cuando era más discutido por la «intelligencia» por término absurdo a un destino nada común marcado por la unión excepcional de «un hombre, una época y una obra», de la que hablaba Sartre.

Inseparable de su acción, la obra de Camus que había intrigado vivamente a los primeros lectores de «El extranjero» y de «El mito de Sísifo», consiguió su máxima eficacia con los breves y lúcidos editoriales de «Combat» y con «La peste» (1947). A Camus se le encontraba siempre allí donde, por entonces, se defendía la libertad y la vida de los hombres.

Fue con motivo de «El hombre rebelde» y la guerra argelina cuando se abrió un foso entre Camus y aquellos que estaban más cerca de él. Por haber querido explicar que la pura rebelión había sido confiscada en nuestros días por los «terrorismos de Estado» (irracionalmente por los fascismos y racionalmente por el comunismo)... Camus se veía atacado por los dos escritores que, con Malraux, más habían contado para él: Sartre y Breton. Se le reprochaba el haberse mezclado en cosas que no le concernían. Esto le llevó a una saledad mayor. Fiel al espíritu de Simone Weil —descubierta por él en 1946—, no solamente condenó el ciclo infernal represión-terrorismo, sino que llegó a declarar en Suecia (donde acababa de recibir el Nobel), respondiendo al ataque vehemente de un joven árabe, que «prefería su madre a la justicia». Y su madre no era sólo su madre, que aún vivía en Argel, sino la patria argelina; Camus no concebía que pudiera ser amputada de sus compatriotas pieznegros.

Fenómeno raro, aunque no excepcional en la literatura francesa, Albert Camus era hijo del pueblo. Su padre —muerto en campaña un año después de su nacimiento— era albañil. Su madre —originaria de Menorca— hacía trabajos de asistenta para criar a sus dos hijos. Gracias al profesor y a una beca pudo continuar sus

estudios. A los diecisiete años enfermó de tuberculosis y tuvo que trabajar para pagarse la licenciatura de Filosofía. A los veintinueve años entró en el partido comunista y lo dejó un año después para protestar por la política del partido respecto a los árabes.

Pocos como él han podido mantener su autodidactismo con tan profunda honradez. Nadie que no fuese este «extranjero» hubiera tenido la inocencia de escribir, incluso en 1942, un ensayo sobre el absurdo, descubrir a Dostoiévski, Kafka y Kierkegaard, ni ninguno que no fuera él se hubiera atrevido a comentar tan fugazmente a autores tan difíciles como Hegel o Marx, como hace en «El hombre rebelde». En este sentido, sus ensayos no pasan de la vulgarización, pero no puede negarse que con ellos servía a una juventud a la que enseñó a leer, como Gide lo había hecho anteriormente.

A pesar de que él insistió mucho en el paso necesario del «yo» al «nosotros», de la rebeldía individual a la colectiva, su obra y su vida representan un esfuerzo por exaltar una individualidad que esperaba se fundiera en un gran impulso pagano. En los últimos años, su progresivo descompromiso, sus veleidades de dedicarse en exclusiva al teatro permitían leer «La caída» (1956) como el momento especialmente trágico de una biografía desgarrada.

Sartre escribió, al día siguiente de su muerte, que nunca había dejado de preguntarse ante cualquier gran acontecimiento qué había podido pensar Camus, y añadía que el principal aporte de Camus a nuestra época era haber introducido el «hecho moral» en un tiempo en que ya no se planteaba las cosas desde la moral, sino desde la eficacia. Y lo que hoy se encuentra en él, bajo la aparente frialdad retórica, es una verdadera llama, una tensión que le convierte, como decía E. Mourier, en un «Barrés subterráneo y trágico». En este punto hoy que situarle, en este romanticismo a la francesa, que comienza con Senancour y Chateaubriand, alimentados de roussonismo, y que se perpetúa hasta Malraux y Gide, es decir, los antipodas del romanticismo.

Albert Camus es el último escritor francés clásico ■ GUY DUMUR.

tizado la experiencia humana y cultural de los mallorquines, de la represión, la muerte, la huida y el retorno en relación con la inmediata historia de las islas Baleares. ■ M. VAZQUEZ MONTALBAN.

Marcuse, discutido

En las librerías españolas, un libro de Marcuse y otro sobre Marcuse. El primero, "Psicoanálisis y política". El segundo, "Respuestas a Marcuse", de Jurgen Habermas, con la colaboración de otros, pertenece a la colección Argumentos, de la barcelonesa Editorial Anagrama.

Poco puede decirse de "Psicoanálisis y política", en el que aparece como prólogo un capítulo del libro de Castilla del Pino "Psicoanálisis y marxismo", espléndido ensayo, como todos los del cordobés, recién editado por Alianza. Está compuesto por dos introducciones a "Eros y civilización", ya conocidas, y varias conferencias de Herbert Marcuse pronunciadas en Francfort y en Berlín. Libro menor, como es lógico, resulta, sin embargo, interesante por la vigencia de su tema y porque contribuye a redondear el conocimiento del pensamiento marcuseano en sus perfiles más vivos.

Por su lado, "Respuestas a Marcuse", presentado por Jurgen Habermas, como hemos dicho, y con aportaciones de Schmidt, Haug, Offe, Bergmann, Berndt, Reiche y Breines, prologadas por el traductor al castellano, Manuel Sacristán, nos proporciona un conjunto de análisis críticos muy rigurosos y necesarios. Abundan, en efecto, las apoloías irreflexivas y las impugnaciones apasionadas, resultado de la asunción de posturas con raíces en campos ajenos al del pensamiento. Son conocidos los ataques de la "Pravda", virulentos y desenfrenados, por la izquierda; no hace falta recordar el intenso tiro-teo a que lo somete la derecha, siempre aterrizada e irracional ante cualquier teoría que ponga en tela de juicio la base de sus privilegios. Sacristán hace hincapié en dos

notas positivas que advierte en los ensayos que integran el libro organizado por Habermas: "La calidad de esta crítica, nacida del mismo tronco de lo criticado, es una buena pieza de evidencia que oponer a la sobrestimación mecánica de las 'ortodoxias'. Pero, en sentido opuesto y complementario, su eficacia la hace muy valiosa para superar también la moda sobrestimadora de la gesticulación 'heterodoxa' pseudoteórica". Habermas justifica la convocatoria de las firmas reunidas explicando cómo eliminó de su proyecto las de aquellos que podían dispensar un homenaje convencional en lugar de una aportación analítica seria, y se dirigió, en cambio, a filósofos y sociólogos jóvenes, "para los cuales, los escritos de Herbert Marcuse han sido un estímulo; ninguno de ellos fue convocado a una fiesta de cumpleaños, sino a la crítica, y ninguno de ellos ha mostrado empacho ni remilgo en hacerlo". Y cree que los estudios reunidos tienden más a clarificar las confusiones que existen en torno al pensamiento marcuseano que a negar sus argumentaciones: "Con todo —añade—, me parece que el logro peculiar de Marcuse no ha destacado tanto en estas páginas cuanto merece. La tesis básica que Marcuse intenta constantemente explicar desde mediados los años cincuenta, y en la cual se basa el esquema de su teoría del capitalismo tardío es como sigue: la técnica y la ciencia de los países industrialmente más avanzados se han convertido no sólo en la fuerza productiva primera, capaz de producir el potencial para una existencia satisfactoria y pacificada, sino también en una nueva forma de ideología que legitima un poder administrativo aislado de las masas".

No es posible sintetizar aquí una aportación crítica tan rica como la que forma el contenido de este libro. Pero sí cabe señalar, por mucha prisa con que se haga, algunas de sus características fundamentales. Es importante registrar, por ejemplo, el intento de relacionar, sobre una perfecta información, el pensamiento marcuseano con el existencial, bien sea con el de Heidegger, bien

co el de los existencialistas franceses. Resulta, asimismo, notorio el acierto en mostrar cómo Marcuse se interesa menos por las relaciones y las condiciones de la producción que por los medios productivos. También se subraya el carácter descriptivo de la teoría marcuseana, la cual "comunica opiniones en bloque". En el ensayo que cierra el libro se lleva a cabo un interesante análisis de la "nueva izquierda

cidimos con el prologo en esta apreciación. ■ EDUARDO G. RICO.

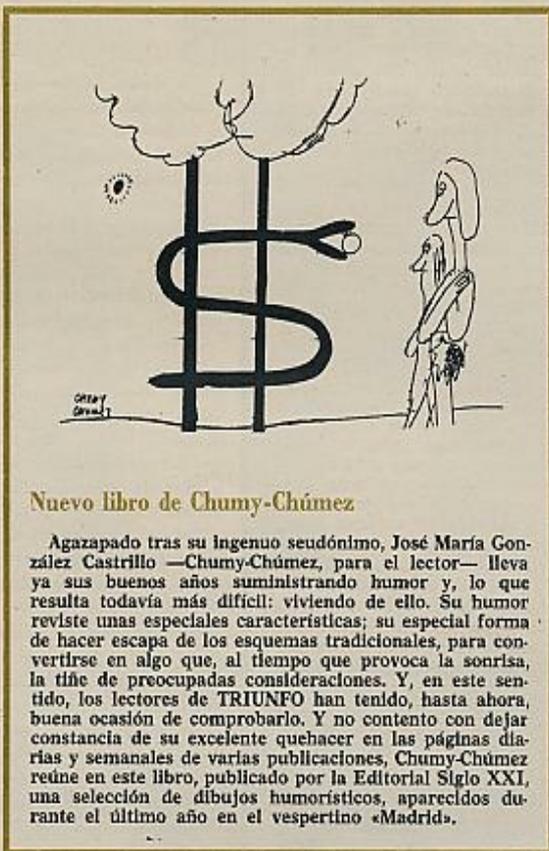
«El problema de los salarios en España»

El libro del profesor José Jané Solá —catedrático de Po-

los conocimientos empíricos que se poseen sobre la estructura y el funcionamiento contemporáneos del sistema económico español.

En efecto, salvo algunos trabajos de gran interés del profesor M. Alonso y García y su equipo de colaboradores, la obra, ya «clásica», de Perpiña Rodríguez sobre la estructura de salarios en España y algunos otros trabajos parciales de diversos profesores de Derecho del Trabajo o de la Secretaría General Técnica del Ministerio correspondiente, apenas han sido tratados los temas relacionados con los salarios en España, desde la perspectiva de la ciencia económica. En general, los economistas han abandonado la investigación teórica, así como la práctica, de los problemas económicos relacionados con la formación del salario, y, más concretamente, de su evolución en la España actual. Como si tales formas de renta no constituyesen una categoría económica fundamental de la sociedad industrial, el estudio del salario en España ha sido casi siempre relegado a un plano secundario, de tal forma que no puede hablarse, por el momento, de una rama, o corriente científica, dedicada al estudio y desarrollo de la economía laboral, tal como existe en otros países.

En estas circunstancias, la



Nuevo libro de Chumy-Chúmez

Agazapado tras su ingenio seudónimo, José María González Castrillo —Chumy-Chúmez, para el lector— lleva ya sus buenos años suministrando humor y, lo que resulta todavía más difícil: viviendo de ello. Su humor reviste unas especiales características; su especial forma de hacer escapa de los esquemas tradicionales, para convertirse en algo que, al tiempo que provoca la sonrisa, la tibe de preocupadas consideraciones. Y, en este sentido, los lectores de TRIUNFO han tenido, hasta ahora, buena ocasión de comprobarlo. Y no contento con dejar constancia de su excelente quehacer en las páginas diarias y semanales de varias publicaciones, Chumy-Chúmez reúne en este libro, publicado por la Editorial Siglo XXI, una selección de dibujos humorísticos, aparecidos durante el último año en el vespertino «Madrid».

da" norteamericana y de sus vínculos con el pensamiento marcuseano.

Nos hallamos, pues, ante el estudio más serio realizado sobre la filosofía de Herbert Marcuse desde su propio campo y por pensadores jóvenes (el mayor en edad nació en 1929). No se formula desde ninguna confortable dogmática, ni coincide con las críticas ortodoxas, y obliga a los heterodoxos a revisar su aceptación apoloética. Coin-

lítica Económica de la Universidad de Málaga— que se presenta ahora a la consideración de estudiosos y de los simplemente interesados en el problema de los salarios en España, es el resultado —como señala el profesor Estapé— de una paciente e inteligente labor de investigación doctrinal y empírica sobre una de las zonas menos tradicionales en la ciencia económica; zona, también, que presenta considerables lagunas en el acerbo



obra del profesor Jané Solá viene, sin duda, a ocupar un lugar destacado en el tratamiento de las rentas salariales y del mercado de trabajo en España. Tras unos primeros capítulos dedicados al estudio de la problemática salarial en el desarrollo económico y su influencia en la formación del capital humano, el autor rea-